

dió un heredero á quien se dió el título de duque de Fronsac.

El conde de Belle-Isle fué nombrado caballero de la orden de Sancti-Spiritus.

El rey nombró mariscales de Francia á los señores duque de Rivas, marqués de Puysegur y principe de Tingry.

Nuestra antigua conocida, la princesa Carlota Aglae de Valois, princesa hereditaria de Módena, volvió á Paris.

El delfín pasó á cargo de los hombres á la edad de seis años y medio.

Muere el duque de Maine á los sesenta y seis años de su edad, en su casa de campo de Sceaux.

Finalmente, la reina dió á luz una nueva princesa. Durante estos tres años Voltaire y Marivaux sostuvieron enteramente el teatro.

Voltaire hizo representar *Alcira* y *El Hijo pródigo*. Y Marivaux, *Los legados* y *Las falsas confidencias*.

## CAPÍTULO VII

Toma posesión el emperador de los ducados de Parma y Plasencia. — Muerte del último de los Médicis. — Del duque de Berwick, del señor de Villars, del duque del Maine y del conde de Tolosa. — Sociedad íntima del rey. — Lemoine, Pigalle y Boucher hermocean la casa de campo que el rey había comprado en Choisy. — El señor Chauvelin pierde el favor. — El señor Maurepas. — Las hermanas de la señora de Mailly. — Las señoras de Vintimille y de Lauragais. — Se da la plaza de gentilhomme que tenía el señor de la Tremouille. — Muerte de la señora de Vintimille.

Firmada la paz, las potencias interesadas en ella, emplearon en la ejecución de sus artículos, los años subsiguientes.

El 16 de abril tomó posesión el conde Trawn en nombre del emperador, de los ducados de Parma y Plasencia.

El 18 de enero y el 31 de marzo, tomó posesión Mr. de la Galaiziere del ducado de Bar y del ducado de Lorena.

El 9 de julio murió el gran duque de Toscana, Gastón, á la edad de sesenta y seis años, apresurándose á devolver su ducado al imperio. Gastón fué el último de los Médicis, cuya raza había reinado por espacio de 257 años. Luego que se tuvo noticia de este falle-

cimiento hizo el príncipe de Craón que los senadores prestasen juramento al duque de Lorena.

El rey de Cerdeña el 3 de febrero de 1759, y los reyes de España y de las Dos Sicilias el 21 de abril del mismo año, accedieron á los tratados de Viena.

El 1.º de junio, en fin, se proclamó la paz en París. En este tiempo el resto de la sociedad de Luis XIV desaparecía; y se constituía la de Luis XV.

Murió el duque de Berwick á la edad de 68 años; el mariscal de Villars á los 81, el duque del Maine á los 66, el cardenal de Biny á los 81, el conde de Tolosa á los 64, el mariscal de Estrées á los 76, el duque de Mazarino á los 79, el mariscal de Roquelaure á los 82, la princesa de Conti á los 72, y en fin, Samuel Bernard murió á la edad de 86 años.

No quedaba de aquel tiempo más que el cardenal de Fleury, al que debía tardar poco en llegarle su vez.

La nueva generación se agrupaba en torno del joven rey que sólo contaba de 27 á 28 años de edad. El duque de Richelieu era el decano; pero el duque de Richelieu nunca había tenido edad, nunca había contado sus años. Richelieu era todo para el rey: su diplomático, su embajador, su comensal, su compañero en la caza, su maestro en amores, su maestro en la guerra, y el que daba el tono á toda aquella juventud bulliciosa, de la que era poeta Marivaux, Watteau pintor, y Crebillón romancero.

Al duque de Richelieu seguía el hermoso la Tremouille, cuya intimidad con el rey ha sido la más tierna. La Tremouille, que en la campaña última habiendo sido derribado de su caballo á la cabeza de su escuadrón, no pensó en más que en resguardar su rostro entre las manos para no quedar desfigurado;

el conde de Ayes, que pertenecía á la ambiciosa familia de los Noailles, que tuvo una media alianza con Luis XIV por Mad. de Maintenon, como la tuvieron los Mortemar por Mad. de Montespan; el marqués de Souvré, criado con el rey, en la intimidad del rey, al que cuidó en su enfermedad como amigo afectuoso. El marqués de Gesvres, el marqués de Coigny, el duque de Nivernois y el marqués de Antin. Todos estos jóvenes caballeros habían acabado de llegar del sitio de Filisburgo, de ganar las batallas de Parma y Guastalla á los imperiales, y con su sombrero en la mano, su peinado y sus encajes, se preparaban sin riesgo de ajar nada, á ganar á los ingleses la batalla de Fontenoy.

Para toda esta gente de talento, burlones y desenvueltos, no era á propósito ya Versalles, con sus grandes salones, su larga galería, y su parque con calles de árboles alineados, no era esto propio para cenas privadas y de confianza; se necesitaban habitaciones pequeñas, salones sin etiqueta en que pudiese cada cual estar con confianza á su manera, mirarse en los espejos y entenderse sin necesidad de dar voces.

Luis XV compró á Choisy de Mr. de la Valiere; Choisy será el Marly de Luis XV.

Desde luego emprendieron su embellecimiento Lemoine, Croyseveaux, Pigalle y Boucher; se tallaron mármoles, se cubrieron techos. Un mundo entero de sátiros, de ninfas, de náyades, de pastores y pastoras bien adornados, nace, se anima, y se extiende por los jardines, y se reúne en las habitaciones. Pero los criados incomodan; los criados, testigos enfadosos, censores indiscretos. Lorient los suprime; Lorient, el hábil mecánico, inventor de unas mesas, á las que

dieron el nombre de criadas y oficiosas, que desaparecían á través del pavimento, llevando encima la lista de los vinos, manjares y frutos que los huéspedes deseaban, y que volvían á aparecer cargadas de cuanto se había apetecido; y desaparecían y aparecían de nuevo siempre que se quería.

Toda aquella corte joven, ardiente en los placeres, amante de la guerra y más ambiciosa de amores que de honores, era como debe comprenderse enemiga del viejo cardenal.

Quisieron renovar una tentativa por el estilo de la que se había desgraciado en tiempo de Mad. de Prie, bajo el duque de Borbón. Los conspiradores fueron la señora de Mailly, sultana siempre reinante, la Tremouille y Gesvres. Se pretendía que Mr. de Chauvelin sustituyese al cardenal. Este tuvo noticias de todo lo que se tramaba por medio de la sociedad del conde de Tolosa que le era afecta.

Por desgracia de los conspiradores Mr. de Chauvelin no estaba en la mejor posición. Durante la última guerra había sido ministro de Negocios extranjeros; y con razón ó sin ella, había corrido la voz de que había recibido de Viena sumas considerables para que la Saboya no fuese bien tratada; y con efecto se repetía que Carlos Manuel por precio de su alianza activa, no había recibido otra remuneración que dos pequeñas provincias.

Reunió el cardenal todas las voces vagas que sobre esto se habían esparcido, las coordinó para formar una acta de acusación, presentó esta acta en el consejo del rey é hizo decretar la separación de Mr. Chauvelin.

El 20 de febrero entró Mr. de Maurepas en la habitación de Mr. de Chauvelin y le entregó un pliego del

cardenal de Fleury que contenía lo siguiente:

« La amistad que siempre os he profesado me ha contenido hasta ahora para no permitir se os diese el golpe que el honor, la conciencia y la probidad y el bien del Estado no me permiten dilatar ya. — Firmado: — El cardenal de Fleury. »

Al mismo tiempo Mr. de Jumilhac aguardaba á la puerta con la orden de conducir á Gros-Bois á Mr. de Chauvelin.

Derribado Chauvelin, procedió el cardenal contra la Tremouille y Gesvres. Quiso el rey sostener á sus dos amigos, pero tuvo que ceder; el cardenal exigió el destierro de ambos y así se decretó.

El antiguo canceller d'Aguessau volvió á encargarse de los sellos; Mr. Amelot, intendente de Hacienda, fué nombrado secretario de estado de Negocios extranjeros y Mr. Maurepas ministro de Estado.

Este gran suceso dió ocasión á algunas canciones, porque en París se canta siempre que algo cae, ya sean hombres ó cosas.

La única persona de quien el cardenal no se había vengado era de Mad. de Mailly; pero era porque el cardenal que observaba y comprendía bien al rey, conocía que Luis XV tardaría poco en vengarlo del todo.

En efecto, Luis XV apenas de 30 años de edad, había gustado ya una porción demasiada de los placeres de la vida. Desazonado de la caza, y fastidiado de la mesa y del juego, Luis XV se consumía en medio de aquella corte espiritual, elegante, sensual y perfumada. Luis XV estaba triste, y se chanceaba acerca de la muerte, que temía. Sólo una cosa puede reanimar á Luis XV, que en todo ha sido mudable menos en una cosa: en amores.

Vamos á verlo consumirse en esto como en lo demás. Entre las cuatro hermanas de Mad. de Mailly, habia una que soñaba con una singular mania. Se habia propuesto hacerse partícipe con su hermana en los favores del rey; apoderarse del corazón de Luis XV, después de su alma toda, llegar á derribar al primer ministro y á gobernar la Francia.

Esta hermana, soltera aún, era la señorita de Nesle, acababa de cumplir 25 años, y habitaba en la abadía de Port-Royal.

No era hermosa, pero no estaba ella tampoco deslumbrada acerca de su fisonomía; sabia además que el rey no podía sufrir á las mujeres feas; pero tenia imaginación, un carácter aventurero y atrevido, y á fuerza de desear su sueño habia llegado á creerlo.

Escribía desde la abadía á Mad. Dray, una canonesa amiga suya: «Escribiré cartas continuamente á mi hermana de Mailly, para que me lleve consigo; ella es buena y lo hará. Yo haré que el rey me ame; desterraré á Fleury y gobernaré la Francia.»

Todas estas cosas llegaron á tener efecto conforme á los deseos de la señorita Nesle. Mad. de Mailly se dejó vencer por las cartas de la pobre reclusa, que le pintaban todo el fastidio del convento y la hizo venir á su lado; y una vez próxima al rey procuró establecer sus baterías con acierto.

Luis XV, que á los 50 años se fastidiaba, como Luis XIV se habia fastidiado á los 70, halló una distracción agradable en el talento de la recién venida, y cuando Mad. de Mailly penetró los proyectos de su hermana, era ya demasiado tarde para que pudiera oponerse á ellos.

Entonces Mad. de Mailly tomó el partido de proteger los amores del rey en vez de combatirlos. Por otra

parte, ella amaba al rey, y prefería poseerlo á medias, más bien que perderlo del todo. Esperaba además Mad. de Mailly que su complacencia no sería conocida con publicidad, pero como esto no entraba del mismo modo en el interés de la señorita de Nesle, tomó ésta tan bien sus medidas, que confiando el rey su dicha á algunos de sus cortesanos, el secreto de Mad. de Mailly era al cabo de tres meses el secreto de toda la corte.

Conocida ya esta nueva intriga, se trataba de casar á la señorita de Nesle, porque teniendo el rey hijos, con facilidad podría acaecer un accidente, que pusiese á todos en nuevo embarazo.

Se pensó desde luego en Mr. Vintimille, sobrino del arzobispo de Paris, el mismo que habia representado un papel importante en el asunto de los cementerios de San Medardo; el tío queria ser cardenal; Mr. Tencin acababa de ser nombrado, sin tener más derechos al capelo que los que Mr. Vintimille estaba tratando para adquirir. Se prometieron doscientas mil libras de dote á la novia, y la plaza de dama de palacio; y al marido una pensión de seis mil libras y habitación en Versalles. En cuanto al cardenalato no se contestó ni si ni no, pero el arzobispo, no solamente dejó marchar adelante el negocio, sin embargo, sino que además bendijo él mismo el matrimonio de su sobrino.

No era suficiente proporcionar un marido á medias á la señorita de Nesle; era además indispensable tener el gusto de reemplazarlo la noche misma de la boda. He aquí lo ocurrido. La hermana del rey, princesa de fácil acomodamiento, prestó á los recién casados su palacio, en la posesión llamada Madrid; el rey por su parte, se fué á comer á la Muette con la señorita de

Clermont y las señoras de Chalais y de Talleyrand. Cuando presumieron que el banquete de la boda pudiera haberse terminado, propuso el rey hacer una visita á los que se hallaban en Madrid. Subieron á los carruajes y partieron. Á su llegada encontraron á todos muy satisfechos. Se sentó el rey á una mesa de juego y jugó á la cavagnola hasta media noche. Á esta hora se trató de dejar en libertad á los novios para que pudiesen recogerse; pero el rey declaró que como buen príncipe quería completar el obsequio y acompañó á los esposos hasta la alcoba, donde entregó á Vintimille la camisa de dormir, que era una de las mayores distinciones que pudiese hacer el rey. Lo acaecido después no está bastantemente aclarado. Se sabe que salió de la alcoba un hombre, que subió á un carruaje y marchó á pasar el resto de la noche al castillo de la Muette; pero la mariscala de Estrées, que salió aquella misma noche de Madrid para irse á dormir á Bagatelle, y la señora de Ruffé que también salió para París, dijeron que no había sido el rey el que había marchado á la Muette, quedándose en la alcoba Vintimille, sino al contrario, que Vintimille había marchado y el rey se había quedado.

Sea como quiera, al día siguiente asistió el rey al tocador de la señora de Vintimille, y por la tarde la princesa presentó al rey toda la familia de los Vintimilles, que gozaron desde entonces del mayor favor en la corte.

También fueron presentadas las otras tres hermanas de la señora de Mailly y de la señorita de Nesle, las señoras de Lauraguais, de Tournelle y de Flavacourt. El viejo marqués de Luc se aprovechó del favor de su nuera para subir á una de las carrozas del rey, honor á que por otra parte tenía derecho. En fin,

Vintimille quedó formando parte de todas las reuniones, de todas las partidas y banquetes que se tenían en Choisy, como en tiempo de Luis XIV asistían sus favoritos á las reuniones en Marly.

Prosiguiendo la señorita de Vintimille en llevar á cabo su objeto, ayudada por su hermana, que la sirvió completamente, se apoderó del entendimiento y de los sentidos del rey, que se olvidó de su largo pescuezo, de su abultado talle y de su rudo y acaballado andar. El rey le perteneció del todo absolutamente, y conforme lo había escrito á su amiga la canonesa la novicia de Port-Royal, se hallaba ya en estado de luchar contra el cardenal, y comenzaba á gobernar la Francia.

Por entonces ocurrió un suceso, que niveló en algún modo la posición respectiva de cada uno.

Falleció de las viruelas el hermoso duque de Tremouille. El duque se había corregido de los excesos y errores de su juventud, si acaso era cierto que la juventud del duque se hallase tan llena de excesos y errores como le acumulan. Se había portado admirablemente en su desgracia y sacrificado por Luis XV al viejo cardenal, se había despedido del rey diciéndole: « Señor, vos no sois digno de ser amigo mío. »

Nada había conservado más que su empleo de gentilhombre de la cámara.

Se había casado y adoraba á su mujer; se habían hecho la oferta mutua de separarse momentáneamente si al uno ú otro le daban viruelas, que ninguno de los dos había tenido.

Á la señora de Tremouille le atacaron primero, pero como hasta ella misma ignorase la enfermedad que padecía, nada dijo á su marido, que aunque advertido por el médico del peligro á que se exponía, quiso per-

manecer á su lado para cuidarla. La duquesa sanó, pero á poco cayó el duque atacado, y fué víctima del mal.

La muerte del duque fué un duelo general para todas las mujeres de París. Fué llorado como el modelo de los maridos, y casi canonizado como un mártir de afecto conyugal. Se trató hasta de elevarle un monumento por suscripción.

Dejaba el duque un niño de cuatro años, y una niña.

Los duques de Aumont, de Gesvres y de Mortemar, de los que era la Tremouille compañero, como gentil-hombre de cámara, pidieron para el niño la supervivencia en el cargo de su padre.

Las señoras de Mailly y de Vintimille solicitaban aquella plaza para el duque de Luxemburgo, y el cardenal de Fleury la deseaba para su sobrino.

El cardenal se presentó al rey, al que dijo :

— Señor, todos mis amigos se empeñan en que pida á V. M. el empleo vacante de gentil-hombre para mi sobrino ; pero está ya tan colmado de mercedes, que en vez de recomendar á V. M. á ningún individuo de mi familia, vengo á suplicaros la supervivencia del duque de la Tremouille para su hijo.

— Tenéis razón, cardenal, le había respondido el rey ; también había yo pensado en vuestro sobrino, pero he reflexionado que semejante favor, acarreándole muchos enemigos podría serle más perjudicial que útil.

El cardenal se quedó estupefacto, porque no esperaba semejante respuesta.

Comprendió entonces la lucha en que iba á empeñarse ; tenía en contra suya á las dos queridas del rey ; no dos mujeres á las que pudiese enemistar por medio de los celos, sino al contrario, dos hermanas,

que desde el momento en que ellas se habían conformado en no tener celos la una de la otra, no tenían ambas más que un mismo interés común ; el de conservar al amante real, que después de haberse unido la una á la otra, no podían esperar ni pretender que perteneciese solo á una.

No atreviéndose el cardenal á manifestarse pretendiente por su sobrino, tomó con empeño la supervivencia del hijo de la Tremouille, declarando al rey, que había empeñado su palabra á la madre, y que si S. M. le obligaba á faltar á su palabra, no le quedaba más recurso que pedirle al rey su permiso para retirarse de los negocios, toda vez que le eran inútiles sus servicios.

Añadía, además, que su avanzada edad exigía cuidados, y su quebrantada salud tranquilidad y reposo.

Y en seguida se marchó el cardenal á Issy, porque conocía que su fuerza principal consistía en su ausencia.

Los demás interesados continuaron trabajando en favor de sus pretensiones. Las señoras de Mailly y de Vintimille por el de Luxemburgo, y la señora de la Tremouille, auxiliada por tres gentileshombres de cámara, en favor de su hijo.

Solo el sobrino del cardenal no tenía á nadie que pidiese por él, hallándose su tío ausente.

El primer movimiento de Luis XV, fué un movimiento de reacción contra el cardenal. Tomó la pluma y le escribió, que no podía exigir de él un trabajo que pudiera ser perjudicial á su tranquilidad, añadiendo, que si su salud le exigía absolutamente que se retirase de los negocios, le daba desde luego su permiso para verificarlo.

Concluida esta carta, la guardó el rey en su bolsillo para remitirla en tiempo oportuno.

Entretanto había pensado el cardenal entablar relaciones con la señora de Vintimille, y su enviado llevaba, como el embajador romano, ó la paz ó la guerra. Reflexionó un instante la señora de Vintimille, y calculando después la debilidad del rey, y recordando que ella tenía veinticuatro años y el cardenal noventa, se convenció de que era mejor contemporizar y aliarse con la muerte que tan próxima se hallaba de su aliado.

Como hacía algún tiempo que el rey hacía alternar á sus queridas y que aquella noche le tocaba á la señora de Mailly, fué á buscarla y le dijo :

— ¡ Querida hermana ! es preciso que no perdamos un momento en aliarnos al cardenal de Fleury. Tal vez en el asunto pendiente hoy, venceríamos al cardenal, pero éste volverá al poder tarde ó temprano, y quedaríamos perdidas. Mediante á que te toca á ti pasar esta noche con el rey, arréglalo de suerte que mañana por la mañana esté nombrado gentilhombre el sobrino del cardenal.

Desgraciadamente, la señora de Mailly no era la mujer más á propósito para esta especie de intrigas. Amaba al rey por sí mismo, como La Valliere había amado á Luis XIV, y no deseaba más que una cosa ; que no mezclándose ella para nada en la política, no viniese la política por su parte á embarazarla en su marcha.

Así es, que en nada pensó de lo que había ofrecido á su hermana.

Se había adornado con más esmero que otras veces ; había mezclado entre sus cabellos flores y diamantes ; pero Luis XV no había visto en estos adornos

más que una coquetería, que fuese beneficiosa al amor, sin pensar que pudiera ser en nada provechosa á la política.

La señora de Mailly se quedó dormida sin haber hablado una palabra al rey, ni en favor del joven la Tremouille, ni de Luxemburgo, ni del sobrino del cardenal.

Pero el rey, á quien sus pensamientos atormentaban, no podía dormir. Recordaba la incomodidad de su antiguo profesor ; veía que iba á verse abrumado con el trabajo de toda la correspondencia europea, de la que nunca se había ocupado, adivinaba las ambiciones de los príncipes, contra las que sería preciso luchar, cuando el viejo ministro no estaría allí para poder decir á la intriga lo que Dios dijo á la mar : « No pases más allá. » Se hallaba solo apoyado y medio acostado en el lecho, mirando aquella cabeza en que las rosas se mezclaban con los polvos, brillando entre los polvos y las flores los diamantes como las gotas del rocío.

La bella durmiente respiraba con regularidad. El rey la despertó.

Al abrir los ojos la señora de Mailly, se asombró al ver el aspecto melancólico de Luis XV.

— ¡ Dios mío ! exclamó : ¿ qué tiene V. M. ?

El rey suspiró y le dijo :

— Querida mía, me hallo en extremo fatigado.

— ¿ Pero por qué, señor ?

— Por lo que está pasando.

Recordó entonces la señora de Mailly el encargo de su hermana aquella mañana : la ocasión que se le presentaba no podía ser más favorable.

— Pero, ¿ qué está pasando que pueda ser de tanta

gravedad, señor? le preguntó con la más agradable sonrisa.

— Bien debíais saberlo, le dijo el rey, puesto que sois una de las personas que me causan este tormento.

— ¡Yo! ¡señor! exclamó la señora de Mailly.

— Sí, vos, pero al fin ya nos hemos libertado de nuestro censor.

— ¿De qué censor?

— Del cardenal.

— ¡Dios mío! ¡Qué decís, señor! ¿Que os habéis libertado del cardenal?

Y la señora de Mailly se arrojó del lecho como asombrada.

— Sí, sí, dijo el rey; la carta está escrita.

— ¿Qué carta? señor.

— La carta en que le doy permiso para retirarse de los negocios.

— Sí; pero no se la habéis enviado, ¿no es verdad, señor? preguntó la señora de Mailly.

— Sí... pero... es porque.....

— ¿Por qué?

— Porque está ahí encima de la chimenea.

Y al decir estas palabras, miraba el rey á la señora de Mailly casi con humildad.

— Señor, le dijo ésta, todo el mundo sabe que V. M. es el dueño, todo el mundo sabe que lo que V. M. quiere, tiene derecho para quererlo. De consiguiente, á nadie tiene V. M. que dar cuenta.

Y la señora de Mailly dió un paso adelante.

— ¿Adónde vais? preguntó el rey.

— El señor Fleury es un excelente y buen ministro, al que Dios concede larga vida, porque Dios cree que puede ser útil al rey y á la Francia.

— ¿Es esa vuestra opinión, querida mía? preguntó el rey.

— Soy tanto de esta opinión, dijo la señora de Mailly que.....

— ¡Dios mío! ¿Qué hacéis? exclamó el rey; habéis quemado la carta mía para el cardenal.

— Sí, señor; pero aquí tenéis pluma, papel y tinta, y vais á escribirle ahora mismo.

— Pero... ¿Qué queréis que le escriba?

— Que habéis nombrado á su sobrino para el empleo de primer gentilhombre.

El semblante del rey resplandeció de gozo.

— ¿Pero qué dirá la señora de Tremouille, y qué dirán los otros gentileshombres?

— No sé lo que dirán, pero digan lo que quieran, vos podréis responderles, que mi hermana y yo estábamos por el señor de Luxemburgo, y que la prueba de que sois el amo, de que sois el rey, es que á mi hermana y á mí nos habéis tratado como á todos los demás; y nosotras, para dar más peso á vuestras razones.....

— ¿Qué haréis?

— Nos mostraremos resentidas.

— ¿Estaréis ceñudas conmigo?

— Sí, señor. Pero... ya es de día; aquí tenéis papel y plumas; escribid, señor.

— ¡Oh! exclamó el rey arrojándose á los pies de la señora de Mailly, sois una mujer adorable.

Y escribió una carta, no al cardenal, sino á su sobrino, en la que le anunciaba haber sido nombrado gentilhombre de la cámara, con la renta correspondiente á un capital de cuatrocientas mil libras.

Luego que el señor de Fleury recibió esta carta, por la mañana, marchó inmediatamente á Issy para

enseñársela á su tío, y suplicarle fuese á dar las gracias á S. M. Pero el cardenal, que cuando se concedía alguna gracia á los individuos de su familia, quería aparecer como forzado á admitirla, se contentó con responder á su sobrino: « Os prohibo hablar de esto hasta que yo vea á S. M. y consiga que se revoque esta orden. »

Pero el duque de Fleury, le contestó que ya había respondido á S. M. para darle gracias.

— ¿Y para aceptar? exclamó el cardenal con tal acento de desesperación que engañó á su mismo sobrino.

El cardenal se manifestó muy reconocido á las dos hermanas, pero en su interior no se hallaba satisfecho con la idea de que su crédito personal hubiese bajado al extremo de necesitar el auxilio de las dos queridas del rey, para obtener un empleo para su sobrino.

Refiramos ahora los hechos sin comentarios: Este nombramiento se había verificado en junio de 1741.

El 8 de agosto siguiente, la señora de Vintimille se sintió enferma con fiebre.

Estaba en cinta de ocho meses.

Teniendo el rey precisión de volver á París, dejó en Choisy á la señora de Vintimille con su hermana la señora de Mailly y las damas que la acompañaban habitualmente.

Había entonces una costumbre, ó por mejor decir una ley, por la que se prohibía á los maridos acompañar á sus mujeres cuando el rey las convidaba á Choisy. Esto era un poco raro, pero sin embargo era cierto.

Bien es verdad que á falta del señor de Vintimille,

se encontraban allí para acompañar á las señoras los señores Gramont, Coigny, Agén y los dos hermanos Meuse, que eran de la mayor intimidad del rey.

Fué preciso sangrar á la señora de Vintimille. El rey parecía más enamorado de ella que nunca; parecía que aquella enfermedad hubiese contribuido á aumentar su amor. La víspera del parto no se separó de ella, ni de su habitación hasta las dos de la mañana.

Á las nueve dió á luz la señora de Vintimille un hermoso y robusto niño, que el rey tomó en sus brazos, colocándolo después sobre un cojin de terciopelo carmesi.

Después de haberlo abrazado y admirado, le hizo echar el agua de socorro con el nombre de Luis; nombre que en lo sucesivo trocaron sus camaradas por el de medio Luis.

Se contemplaba el rey tan dichoso, que quiso comer con la señora de Vintimille, y convidó para que lo acompañasen á los duques de Agén y de Villeroy, y á uno de los Meuses, el que era su más íntimo confidente.

Por la tarde recibió en casa de la señora Vintimille, no sólo al arzobispo de Paris, sino también al señor de Vintimille y á su padre.

Se había permitido al señor de Vintimille venir á ver á su mujer y á su hijo.

Había tenido un parto tan feliz la señora de Vintimille que una hora después parecía hallarse perfectamente restablecida. Pero el 9 de septiembre siguiente, sin que ningún síntoma hubiese podido hacer presagiar tan terrible acontecimiento, se sintió atacada de repente por tan violentos dolores de entrañas, que comenzó á pedir á gritos no un médico, sino un confesor.

El rey, por su parte envió á buscar á París á sus dos médicos, Silva y Senac; pero ni uno ni otro llegaron á tiempo, y la señora de Vintimille falleció en los brazos de su confesor sin sacramentos y sin que apenas el sacerdote hubiese tenido el tiempo suficiente para absolverla.

En media hora de conversación que la señora de Vintimille había tenido con el confesor, había encargado á aquel santo varón que transmitiese á su hermana la señora de Mailly, su última voluntad; y aunque se apresuró á cumplir este último encargo de su penitente, no pudo verificarlo, porque al ir á entrar en la habitación de la señora de Mailly, cayó muerto sin haber podido pronunciar ni una sola palabra.

Estos sucesos afectaron tanto á Luis XV que tuvo que guardar cama prohibiendo que nadie entrase en su habitación.

Pidió la reina permiso para entrar, pero la consigna no se quebrantó para ella, ni se relajó sino en favor del conde de Noailles.

La señora de Mailly, llorosa y medio desnuda abandonó su habitación y fué á refugiarse al lecho de la señora de Estrées.

Al encerrarse el rey en su cuarto dió la orden de que se hiciese el retrato de la señora de Vintimille, muerta. Casi al momento mismo de su muerte se habían esparcido voces de envenenamiento, y llegaron á tomar tal consistencia, que el rey quiso que se procediese á abrir el cadáver. Nada resultó de la autopsia; pero como el cuerpo á las cuatro horas apenas de muerto, despedía una insoportable fetidez, fué necesario depositarlo en una cuadra, adonde permaneció más de tres horas expuesto á la curiosidad de los transeuntes.

Destino singular, el de la muerte; ; autopsia y exposición del cuerpo de una mujer, que el día anterior cubierta de flores, blondas y diamantes, era la admiración y envidia de toda la corte!

El rey estaba anonadado; la señora de Mailly, que era buena y quería de corazón á su hermana, daba voces pidiéndole á Dios que se la devolviera. La más joven de sus hermanas, la señora de Lauraguais, había venido á consolarla.

La señora de Mailly que creía no poder tener ya sujeto al rey, sino por medio de su hermana, temió que por la muerte de ésta se alejase el rey de ella; pero no sucedió así, al contrario, el rey concentró en ella todas sus afecciones; dió á Meuse una habitación sobre su cuarto, con condición de que Meuse no pudiese disponer más que de la antecámara y del comedor, quedando todo el resto á disposición de la señora de Mailly.

Al cabo de ocho días, se hallaba la señora de Mailly instalada en aquella habitación con su hermana la señora de Lauraguais, y sólo consistiría en el rey no apercibirse que la pobre señora de Vintimille había muerto.

Pero el rey, aunque distraído algunos instantes, no conseguía borrar de su mente el recuerdo de aquella espantosa catástrofe.